

en servicio de Dios y del Rey" ²³ Desapareció con esto todo asomo de duda y de vacilacion, y no se pensó en otra cosa que en el próximo paso de las sierras.

23 "Todos digeron que fue to. i veria lo que cada uno de se por el Camino que quisiese i ellos haria en servicio de Dios é viese que mas convenia, que to- de su Magestad." Ibid., MS., dos le seguirian con buena vo- loc. cit. luntad é obra al tiempo del efec-

CAPITULO IV.

PENOSO PASO DE LAS SIERRAS.—EMBAJADAS DE ATAHUALLPA.—LLEGAN LOS ESPAÑOLES A CAXAMALCA.

—ENVIAN UN MENSAGE AL INCA.—ENTREVISTA CON ESTE.—DESALIENTO DE LOS ESPAÑOLES.

1532.

Reunió Pizarro aquella noche una junta de sus principales capitanes, y en ella quedó resuelto que él saldría en persona á reconocer el terreno con la vanguardia compuesta de sesenta soldados de á pie y cuarenta de á caballo, mientras que el resto del escuadron mandado por su hermano Hernando, se mantendría en la posicion que ocupaba hasta recibir nuestras órdenes.

Al romper el dia estaban ya sobre las armas el capitan español y su gente, dispuestos á arrostrar las dificultades de la sierra. Hallaron ser estas mayores de lo que se habian figurado. El camino iba rodeando por las faldas ásperas y pendientes de las montañas, para vencer mejor de esta manera los obstáculos naturales del

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

terreno; pero en muchos lugares era por necesidad tan escarpado, que los ginetes se veian obligados á echar pie á tierra, y trepar lo mejor que podian, llevando sus caballos del diestro. Sucedia tambien con frecuencia, cuando alguna eminencia ó grueso peñaseo avanzaba sobre el camino, que este iba por el borde mismo del derrumbadero, y el caminante se veia obligado á ir dando vuelta por el estrecho vuelo de la roca, apenas suficiente para su caballo, y en donde un solo paso en falso le haria rodar, no cientos sino miles de pies, hasta el fondo del abismo! Los fragosos pasos de la sierra, practicables solo para Indios medio desnudos y cuando mas para la firme y cauta mula, animal que parece creado espresamente para los caminos de las cordilleras, eran verdaderamente temibles para hombres armados y cargados de acero. A sus pies se abrian espantosas hendeduras ó quebradas, las que son tan enormes en esta cadena de los Andes, que no parece sino que un sacudimiento terrible ha apartado los montes uno de otro, y en sus paredes perpendiculares se descubria una grande estension de roca primitiva, cubierta de la vegetacion espontánea de los siglos, mientras que por el fondo del tenebroso abismo corrian los torrentes, que nacidos en las entrañas de la sierra, bajaban á fertilizar los valles y praderias de la tierra caliente, antes de ir á perderse en el oceáno.

Casi todos estos pasos eran escolentes puntos de defensa, y cuando los Españoles se empeñaron en aquellos desfiladeros, marchaban con la mayor precaucion, temiendo á cada paso ver salir á los enemigos de alguna emboscada. Creció su temor cuando al llegar al fin de una cuesta áspera y estrecha descubrieron una especie de fortificacion toda de piedra que dominaba un recodo del camino y parecia mirarles con ceño desde la altura. Conforme se iban acercando á ella aguardaban por momentos ver asomar por encima de las murallas las bronceadas figuras de los guerreros, y ya preparaban los escudos para recibir las descargas de proyectiles; porque la posicion era tan fuerte que un puñado de hombres resueltos colocados en ella, bastarian para atajar el paso á un ejército; pero al encontrar desiertas las fortificaciones, se alegraron no poco, y cobraron nuevo ánimo con la persuacion de que el Inca no trataba de disputarles el paso, puesto que no lo intentaba donde facilmente podria haberlo hecho con buen éxito.

Desde allí avisó Pizarro á su hermano que le siguiese sin dilacion, y despues de dar algun descanso á su gente emprendió otra vez su trabajosa subida, de modo que antes de anoecer llegó á una altura defendida por otra fortificacion mas formidable aun que la procedente. Era de sólida mampostería, con la parte baja corta-

da en la roca viva, y todo labrado con tanta maestría como pudiera haberlo hecho un ingeniero europeo.¹

Allí pasó Pizarro la noche y al día siguiente sin aguardar la otra división, prosiguió su camino, empeñándose cada vez mas en los intrincados desfiladeros de la sierra. La temperatura habia ido cambiando gradualmente, y hombres y caballos, en especial estos últimos, padecían mucho por causa del frío, pues se habian acostumbrado ya al clima caliente de los valles.² La vegetación habia cambiado tambien de aspecto, y las magníficas florestas que cubrían los llanos se habian convertido en tristes bosques de pinos, hasta que mas arriba la vegetación se reducía á multitud de plantas alpinas menguadas y marchitas, que parecen hallar en la atmósfera de estas elevadas regiones una temperatura analoga á su naturaleza. Diríase que casi todos los seres vivientes habian huido como el hombre, de estas espantosas soledades. Solo descubrían á veces alguna trepadora vicuña tendiendo la vista hacia abajo, desde un picacho elevado á donde ningun cazador se atrevería á seguirla. En vez de las tribus aladas

¹ "Tan ancha la Cerca como cualquier Fortaleza de España, con sus Puertas; que si en esta Tierra oviese los Maestros, i Heramientas de España, no pudie-

ra ser mejor labrada la Cerca." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 192.

² "Es tanto el frío que hacen en esta Sierra, que como los cá-

cuyo brillante plumage relucía entre las espesas florestas de los trópicos, solo veían ahora los aventureros al ave de los Andes, el asqueroso condor, que hendiendo los aires mas arriba de las nubes, seguía con lúgubres graznidos las huellas del ejército, como si el instinto le guiase por la senda de la sangre y de la carnicería.

Llegaron al fin á la cumbre de la cordillera que era un páramo helado sin otra señal de vegetación que los *pajonales*, los que como rodean la base de los picos nevados, vistos desde abajo parecen por su vivo color de paja iluminado por los rayos del sol, una cornisa de oro sobre una torre de bruñida plata. El suelo era estéril como sucede generalmente en los distritos mineros, y ya estaban cerca de las minas de oro del camino de Caxamalca, tan famosas en otro tiempo:

"Las rocas, las montañas,
Que de piedras preciosas y metales
Henchidas las entrañas,
En el alto ecuador alzan riscosas
Las frentes colosales."

Pizarro determinó aguardar aquí la llegada de la otra división. El aire era delgado y frío; y

ballos venían hechos al calor, que en los valles hacia, algunos de ellos se resfriaron." Ibid., p. 191.

los soldados plantaron sus tiendas, hicieron lumbradas y se agruparon en torno de ellas para buscar algun reposo despues de su fatigosa marcha.³

Apenas habian descansado un rato cuando llegó uno de los Indios que fueron con el enviado de Pizarro. Dió razon al general de no haber encontrado gente de guerra en todo el tránsito, y de que una embajada de Atahuallpa venia ya en camino para el campo de los Españoles. Pizarro dispuso inmediatamente que la retaguardia apresurase la marcha, porque no queria que los embajadores peruanos le hallasen con tan poca gente como la que entonces tenia consigo. El resto del escuadron no estaba muy lejos, y llegó en breve al campo.

A poco llegó tambien la embajada de los Indios compuesta de un noble inca y de varios acompañantes, que traian algunos llamas para el gefe Español. Venia tambien encargado el ministro de saludarle á nombre de su señor, quien deseaba saber cuando llegarian los Españoles á Caxamalca, para prepararles todo lo necesario. Informó á Pizarro de que el Inca habia salido de

3 "E aposentaronse los Españoles en sus toldos ó pabellones de algodón de la tierra que llevaban, é haciendo fuegos para defenderse del mucho frio que en aquella Sierra hace, porque sin ellos no se pudieran valer sin padecer mucho trabajo; y segun á los cristianos les pareció, y aun como era lo cierto, no podía haber mas frio en parte de España en invierno." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 4.

Guamachucho y se encontraba al presente con una corta fuerza en las cercanias de Caxamalca lugar famoso por sus manantiales de agua caliente. Era el Peruano de ingenio despejado, y el capitan español supo de él muchos pormenores sobre las recientes discordias que habian afligido al imperio.

Como el enviado ensalzaba hasta las nubes las proezas militares y el poder de su soberano, le pareció prudente á Pizarro darle á entender que nada de eso le espantaba. Se mostró muy contento de los triunfos de Atahuallpa, y convino en que merecia un lugar muy distinguido entre los guerreros Indios; pero añadió al mismo tiempo, con mas astucia que cortesia, que era tan inferior al monarca de los blancos, como lo eran respecto de él los menores curacas de su pais. De ello no podia caber duda viendo la facilidad con que un puñado de Españoles habia recorrido aquel inmenso continente, sujetando una tras otra, todas las naciones que habian querido resistir á sus armas. Díjole que la fama de Atahuallpa le despertó el deseo de visitar sus dominios, y ofrecerle sus servicios en la guerra; y finalmente que si el Inca le recibia de paz como el venia, no tendria inconveniente, por servirle, en diferir por algun tiempo su viage, cuyo objeto era atravesar el continente hasta llegar al otro mar. El Indio, segun dicen los escrito-

res castellanos, escuchó asombrado las vanaglorias del Español; pero acaso era mejor diplomático de lo que ellos creían y comprendió bien que solo se trataba de intimidarse mutuamente con baladronadas.⁴

A la mañana siguiente estaban las tropas en camino desde muy temprano, y gastaron dos días enteros en atravesar los peligrosos desfiladeros de la sierra. Apenas habían comenzado á descender por la vertiente oriental, llegó otro enviado del Inca, trayendo un mensaje parecido al precedente, y un nuevo regalo de carneros de la tierra. Era el mismo noble que había visitado á Pizarro en los valles, aunque ahora venía con más autoridad, bebiendo el zumo fermentado del maíz llamado *chicha*, que le presentaban sus criados en vasos de oro, cuyo brillo deslumbraba á los codiciosos aventureros.⁵ Todavía estaba con los Españoles cuando volvió el mensajero que Pizarro había enviado antes al Inca,

4 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 193.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 5.

5 "Este Embajador traía servicio de Señor, i cinco ó seis Vasos de Oro fino, con que bebía, i con ellos daba á beber á los Españoles de la Chicha que traía." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 193.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS., ubi supra.

Este último autor en esta parte de su obra, ha hecho poco más que copiar la de Xerez. Esta adopción de la obra del secretario de Pizarro, no deja, sin embargo, de ser útil, porque con menos tentación de abultar ó desfigurar los hechos, tenía muy buenas oportunidades de averiguarlos.

y apenas vió al otro Indio y advirtió el buen trato que recibía de los Españoles, se llenó de ira, y le hubiera maltratado de obra á no haberlo impedido los circunstantes. Era cosa insufrible, decía, ver tratar con tanta honra y regalo á aquel perverso, mientras que él había estado á pique de perder la vida, por ir á desempeñar igual comisión entre sus paisanos. Contó luego que al llegar al campo del Inca, este se negó á recibirle, so pretexto de que estaba ayunando y nadie podía verle: que no habían querido dar crédito á sus protestas de que venía por embajador de los blancos, y que si escapó con vida fué debido seguramente á haberles hecho entender, que cualquiera injuria que recibiese, la pagarían bien cara los embajadores peruanos que estaban en el campo de los Españoles. Concluyó diciendo que no podía haber duda de las intenciones hostiles de Atahualpa, porque se hallaba rodeado de un poderoso ejército, acampado á una legua de Caxamalca en una posición muy fuerte, y en la ciudad no había quedado uno solo de sus moradores.

A todo esto respondió el embajador del Inca con gran mesura, diciendo que el enviado de Pizarro debía haber contado de antemano con un recibimiento semejante, puesto que según se advertía no llevó consigo las credenciales de su misión. Lo del ayuno del Inca era verdad, y

aunque sin duda habria consentido en recibir al mensajero, si hubiese sabido que venia de parte de los blancos, no parecia conveniente perturbarle en estos dias solemnes en que cumplia con los preceptos de su religion. Las tropas que le rodeaban no se considerarían tan numerosas si se reflexionaba que el Inca estaba empeñado entonces en una guerra muy importante, y en cuanto al abandono de Caxamalca, si los habitantes la habian desocupado, era por hacer lugar á los blancos, que muy pronto deberian entrar en ella. ⁶

Estas esplicaciones, aunque plausibles, no bastaban á tranquilizar al gobernador, porque estaba bien convencido del engaño y doblez de Atahuallpa, de cuyas intenciones respecto de los Españoles habia desconfiado siempre. Mas como se habia propuesto mantenerse por entonces en buena armonia con el monarca, no estaba en el caso de revelar sus sospechas; y así es que fingiendo dar entero crédito á las palabras del enviado, le despachó con repetidas promesas de llegar cuanto antes á la presencia del Inca.

Aunque la vertiente oriental de los Andes no es tan áspera y escarpada como la occidental, casi costó á los Españoles tanto trabajo la baja-

⁶ Xerez, Conq. del Peru, ap. do, Hist. de las Indias, MS., ubi Barcia, tom. III. p. 194.—Ovie. supra.

da de la sierra como antes la subida, por lo que al séptimo dia se alegraron no poco al descubrir el ameno valle de Caxamalca que se extendia á sus pies como una rica y variada alfombra de verdura, formando extraño contraste con los oscuros picos de los Andes que se levantaban todo al rededor. El valle es de figura ovalada y tiene cosa de cinco leguas de largo por tres de ancho. La mayor finura y curiosidad del traje de los moradores, así como la limpieza y comodidad de sus habitaciones, daban bien claro á entender que aquel era un pueblo superior á los que habian dejado los Españoles al otro lado de la sierra. ⁷ Hasta donde alcanzaba la vista se advertia labrada y cultivada con toda diligencia la parte llana, y un caudaloso rio que atravesaba las campiñas, servia para regarlas abundantemente por medio de canales y cañerías. Las heredades divididas por verdes setos y arboledas, se veian matizadas de sementeras de diversas clases y colores, porque el suelo era fértil, y la temperatura, aunque no tan elevada como en las abrasadas regiones de la costa, era mas favorable para las producciones de las latitudes templadas. A los pies de los aventureros estaba la pequeña ciudad de Caxamalca que con sus blancos edificios iluminados por el sol, parecia una piedra preciosa engastada en las

⁷ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 195.

sombrias vertientes de la sierra. A cosa de una legua de distancia al otro lado del valle, se divisaban unas columnas de humo que se remontaban hasta el cielo, é indicaban el lugar de los famosos baños termales de que gustaban mucho los príncipes peruanos. Mas tambien se ofreció á la vista de los Españoles un espectáculo menos agradable, cual fué una multitud tan grande de toldos ó pabellones blancos al pié de las colinas, que con estar amontonados unos sobre otros cogian un espacio al parecer de muchas millas. "Espantados quedamos" exclamó uno de los Conquistadores "al ver á los Indios ocupando tan soberbia posicion. ¡Tantas tiendas y tan bien dispuestas como no se vieron hasta entonces en las Indias! Aquella vista nos causó á todos bastante confusion y temor; pero ya era tarde para volver atrás, ni menos convenia manifestar flaqueza, porque los Indios que venian con nosotros serian los primeros en acometernos. Así fué que con el semblante mas animoso que pudimos, despues de haber registrado muy bien el valle desde la altura, nos dispusimos á entrar en Caxamalea." ⁸

⁸ "Y eran tantas las tiendas que parecian, que cierto nos puso harto espanto; porque no pensabamos que Indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan á punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó á todos los Españoles harta confusion y temor; aunque no convenia mostrarse, ni menos volver atras, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos Indios que llevabamos nos mataran.

No sabemos que sentiria el monarca peruano cuando se ofreció á su vista el belicoso escuadron de los cristianos, que con banderas desplegadas y relucientes armaduras, salian de las oscuras gargantas de la sierra y marchaban con marcial continente por los fértiles campos, que solo habian pisado hasta entonces los hombres de color. Puede ser, como lo afirman muchos, que el Inca de propósito dejase penetrar los aventureros hasta el corazon de su populoso imperio, para apoderarse con mas facilidad de su persona y de cuanto traian consigo. ⁹ ¿O deberíase acaso, á un impulso natural de curiosidad y á las repetidas protestas de amistad de los Españoles, el que les dejase llegar así hasta su presencia sin molestarlos? Sea como fuere, es difícil que tuviese tanta confianza en sí propio, que no mirase con cierto temor mezclado de respeto,

ansi con animoso semblante, despues de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo, y entramos en el pueblo de Cajamalca." Relacion del Primer Descub., MS.

⁹ Esta era evidentemente la opinion del Conquistador, cuyo manuscrito trunco es una de las principales autoridades para esta parte de nuestra relacion. "Teniendonos en muy poco y no haciendo cuenta que 190 hombres la habian de ofender, dió lugar y consintió en que pasásemos por

aquel paso y por otros muchos tan malos como él, porque realmente, á lo que despues se supo y averiguó, su intencion era vernos y preguntarnos, de donde veniamos? y quien nos habia echado allí? y que queriamos? Porque era muy sabio y discreto, y aunque sin luz ni escriptura, amigo de saber y de sutil entendimiento; y despues de holgádose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que á él mas le aplacian, y sacrificar á los demas" Relacion del Primer Descub., MS.

á unos seres estraños y misteriosos, que venidos de un mundo desconocido y dotados de un poder sobrenatural, habian atravesado desiertos, valles y montañas, sin que bastasen á detenerlos los obstáculos que les opusieran los hombres y la naturaleza.

Pizarro en el entretanto dividió su gente en tres trozos, formóla en orden de batallla, y siguió bajando por las laderas en direccion á la ciudad india. Nadie salió de ella á recibirle de paz, y atravesó las calles sin encontrar alma viviente, y sin escuchar otro ruido que el de las pisadas de los hombres y caballos de su tropa, cuyos ecos repetian las habitaciones abandonadas.

Era Caxamalca un lugar bastante grande con una poblacion de cosa de diez mil habitantes, y seguramente no tiene tantos en el dia la moderna ciudad de Cajamarca.¹⁰ Las casas en su mayor parte eran de adobe, con techos de paja ó de madera. Algunos de los edificios principales eran de piedra tosca y por labrar, y habia tambien una casa de las Vírgenes del Sol, y un templo dedicado á la misma deidad tutelar es-

10 Segun Stevenson, esta ciudad cuenta, ó á lo menos contaba hace treinta años cosa de siete mil habitantes de todas razas. Este viagero observador hace una animada descripcion de la ciudad en la que permaneció algun tiempo, y parece haber mirado con predileccion particular. Es probable, sin embargo, que hoy no conserva, relativamente hablando, la misma importancia que en tiempo de los Incas. Residence in South America, vol. II. p. 131.

te último estaba medio oculto entre un bosquecillo de los suburbios de la ciudad. Por el lado inmediato al campo de los Indios habia una gran plaza de forma triangular, rodeada de edificios bajos, que eran unos espaciosos salones con anchas puertas ó aberturas á la plaza. Seguramente estarian destinados para cuarteles de los soldados del Inca.¹¹ A un extremo de la plaza, mirando hacia la campiña, estaba una fortaleza de piedra, á donde se subia desde la ciudad por una escalera tambien de piedra, y tenia ademas una puerta falsa para el campo. Habia igualmente otra fortaleza de piedra tosca en un terreno elevado que dominaba la ciudad y estaba rodeada de tres cercas circulares, ó mas bien dicho, de una sola que daba tres vueltas en espiral. Era obra muy fuerte, y ninguna de las que hasta allí habian visto los Españoles les pareció de mayor mérito, tanto en la idea como en la ejecución material.¹²

Al caer la tarde, entraron los conquistadores en la ciudad de Caxamalca. Era el 15 de Noviembre de 1532. El cielo que se habia mantenido sereno durante todo el dia, comenzó á entoldarse y llegó á caer alguna lluvia mezcla-

11 Carta de Hern. Pizarro. 12 "Fuerças son que entre ap. Oviedo, Hist. de las Indias, Indios no se han visto tales." MS. Parte 3, lib. 8, cap. 15 — Xerez, Cong. del Peru, ap. Barcena, t. III. p. 195—Relacion del Xerez, Cong. del Peru, ap. Barcena, t. III. p. 195—Relacion del Primer Descub., MS.